

Participación política y social en la Venezuela finisecular: factores político-institucionales y motivacionales en la participación y en la apatía ciudadana

Herbert Koeneke R.

Desde 1993, la abstención electoral del venezolano se ha situado en niveles superiores al 36% en comicios presidenciales, lo que constituye una ruptura con las elevadas tasas de participación que prevalecieron hasta la década de los ochenta. Con el protagonismo político reciente de organizaciones de la sociedad civil se ha sugerido que la participación no partidista pudiera reemplazar a la movilizadora en décadas pasadas por los partidos políticos. El debilitamiento de los vínculos partidistas alentaría este tipo de participación. Aparte de las diferencias de misión entre los partidos y las ONG, hay, adicionalmente, factores motivacionales, entendidos en términos de costos de oportunidad y beneficios de la participación en general, que inciden en los bajos niveles alcanzados por ésta. En este trabajo se exploran los factores institucionales y de motivación que se asocian con la participación en general y con la electoral en particular.

Introducción

La abstención electoral en Venezuela, que fue baja en los primeros seis comicios nacionales del período democrático (7% en 1958, 8% en 1963, 3% en 1968, 3% en 1973 y 12% en 1978 y en 1983), alcanzó el 18% en 1988, el 40% en 1993, el 36% en 1998 y el 44% el 30 de julio del año 2000. En consultas y elecciones no presidenciales, la no concurrencia ha sido todavía mayor, con valores de 63%, de 54% y de 56% observados en abril, julio y diciembre de 1999, respectivamente, con motivo del referéndum consultivo sobre la convocatoria de la Asamblea Nacional Constituyente (ANC), de la elección de los integrantes de esa asamblea y del referéndum aprobatorio de

la nueva Constitución (cuadro 1). En las elecciones locales y el referéndum sindical del 3 de diciembre del 2000, la abstención escaló a un nivel sin precedentes en la

Cuadro 1
Niveles de abstención electoral (%)
Elecciones nacionales

1958	1963	1968	1973	1978	1983	1988	1993	1998	2000
7	8	3	3	12	12	18	40	36	44

Consultas y elecciones 1999 y 2000

Abril Referéndum consultivo	Julio Elección ANC	Diciembre 1999 Referéndum aprobatorio	Diciembre 2000 Locales y referéndum sindical
63	54	56	78

Fuente: Consejo Supremo Electoral/ Consejo Nacional Electoral. (Los porcentajes han sido redondeados)

historia democrática del país: 78%.

Factores correlativos de la participación política

La participación política en una democracia está asociada con factores actitudinales, motivacionales, sociales e institucionales, cuyos pesos o importancia pueden variar de un contexto geográfico o de un contexto histórico a otro.

Así, desde la perspectiva de la dimensión psicológica o personal, un clásico estudio sobre la participación en cinco democracias (EE UU, India, Japón, Austria y Nigeria) halló que el interés político de los ciudadanos era el mejor predictor, para ellas en conjunto, de tres de las actividades participativas consideradas (campañas, actividades comunitarias y contactos personales con funcionarios), mientras que la intensidad de la simpatía partidista lo era del voto o participación electoral (Nie y Verba, 1975).

Ese mismo estudio reveló una clara vinculación entre el estatus socioeconómico de los ciudadanos y sus niveles de participación, con coeficientes que fluctuaron marcadamente entre los países, con un rango de 0,25 entre los valores extremos.

Los coeficientes de correlación fueron los siguientes: Austria=0,11, Japón=0,12, Nigeria=0,24, Estados Unidos=0,34, India=0,36.

Otros estudios ponen de manifiesto, finalmente, que existen factores institucionales como la obligatoriedad del sufragio, la favorabilidad de la imagen de los organismos electorales y la ausencia de regulaciones o procedimientos engorrosos para involucrarse en política que promueven la participación política de los ciudadanos (Romero y Koeneké, 1997).

En los sistemas no democráticos, las tasas de participación pueden ser muy elevadas, como era el caso de los totalitarismos comunista y nazi, que promovían «desde arriba» distintas variantes participativas como una fórmula para movilizar y adoctrinar a la población o, por el contrario, muy bajas, como en el caso de los regímenes autoritarios tradicionales, que se afianzan en esquemas políticos desmovilizadores. Un elemento común de ambas autocracias es el carácter no competitivo de sus procesos electorales (Dahl, 1975; Friedrich y Brzezinski, 1965).

Factores asociados con la participación electoral en Venezuela

La intensidad de la simpatía partidista, como se dijo, resultó el factor más fuertemente asociado con la participación electoral en cinco democracias disímiles, vistas en bloque, de acuerdo con un estudio comparativo considerado pionero que se realizó en la década de los setenta (Nie y Verba, 1975).

En Estados Unidos, que es el país donde más se han adelantado investigaciones sobre la decisión de participar y sobre los determinantes del voto, esa relación entre la fortaleza de la identidad partidista y la concurrencia electoral ha sido documentada en forma recurrente (Greenstein, 1974; Converse, 1975; League of Women Voters, 1992).

En Venezuela también se han encontrado evidencias sobre esa asociación. Una investigación con una muestra representativa de habitantes de Caracas, por ejemplo, encontró que mientras el 97% de los militantes de partidos afirmaban en octubre que irían a votar en la elección presidencial de diciembre de 1988, el número se reducía a 67% en el caso de los simpatizantes y a 26% en el caso de los independientes (Canache, 1990).

Otro estudio, con una muestra probabilística nacional entrevistada en julio de 1993, encontró que mientras el 33% de los independientes manifestaban que no irían a votar en los comicios de diciembre de ese año, sólo 10% de los que confesaban vinculaciones partidistas pensaban abstenerse. Esta investigación halló, además, en línea con tendencias reportadas en otros países,

que a mayor interés en política, mayor era la inclinación a votar, así como también que la creencia en la perfectibilidad de la democracia y de los partidos se asociaba positivamente con la intención de sufragar (y a la inversa, que el escepticismo, en cuanto a la posibilidad de corregir los problemas de la democracia y de las organizaciones partidistas, se vinculaba con la abstención) (Molina, 1995).

En una investigación mucho más reciente, basada en una encuesta con una muestra representativa de la población adulta del país que se realizó después de los comicios presidenciales de diciembre de 1998, se puso de manifiesto, una vez más, la relación significativa que existe entre el interés político y la decisión de sufragar: entre los muy interesados, 95% dijo haber concurrido a votar; la cifra bajó a 85% entre los que se describieron como algo interesados y a 74% entre los que dijeron estar nada interesados en política* (Carrasquero y Welsch, 2000).

Por último, en una investigación de tipo sectorial, realizada con una muestra de trabajadores industriales a finales de 1979 y principios de 1980 (n= 500), se encontraron algunas semejanzas con los estudios arriba mencionados. El mejor predictor de la participación electoral, en este caso, resultó el interés político, seguido por la solidaridad clasista, la identificación con algún partido político y los sentimientos de eficacia o de capacidad para influir sobre el sistema político (Davis y Coleman, 1983).

Identidades partidistas en Venezuela

El porcentaje de militantes y simpatizantes partidistas en el país, que a principios de los setenta se aproximaba a la mitad de la población, comenzó a declinar sostenidamente desde esa misma década, repuntó ligeramente a finales de 1998, antes de las atípicas elecciones presidenciales de ese año, y retomó meses después su tendencia a la baja (cuadro 2).

Los cambios se han producido no sólo en términos de una caída de los partidistas y un ascenso de los independientes, sino también en la composición relativa de los militantes y simpatizantes. De este modo, los identificados con AD y Copei, que en 1995 representaban el 18% y el 10%, respectivamente, de la población adulta del país (Colomine, 1996) se redujeron a 2,3% y a

* El porcentaje real de abstención en diciembre de 1998 (36%) fue muy superior al reconocido por los encuestados. Este tipo de respuesta engañosa refleja en gran medida el llamado fenómeno de la «deseabilidad social», que consiste en responder en términos de lo que es considerado socialmente deseable al tiempo que se evita lo reprobable o indeseable, los cuales en este

1,2%, respectivamente, en febrero de 1999. Para este momento, habiendo sido elegido Hugo Chávez a la Presidencia de la República, el recién constituido Movimiento Quinta República (MVR) contaba con la adhesión de 18,6% de los venezolanos, según la Redepol del año 1999. Después de las elecciones críticas de 1993 y 1998, que rompieron con un patrón polarizador entre AD y Copei, el cual se había mantenido entre 1973 y 1988, se comenzó a experimentar, en pocas palabras, un proceso de desalineamiento partidista, cuya expresión principal son los cambios agregados que se acaban de mencionar. Para que haya un realineamiento, es decir, una nueva distribución relativamente estable de las lealtades partidistas, es necesario que transcurra un tiempo lo suficientemente extenso capaz de permitir que se solidifiquen las actitudes favorables y las conductas de apoyo a las organizaciones políticas emergentes, sobre la base de la satisfacción con las ejecutorias de las mismas y del

Cuadro 2
Identidades partidistas en Venezuela
 (porcentajes)

	1973 (N)	1983 (N)	1986 (N)	1990 (N)	1996 (N)	1998 (N)	1999 (N)
Militantes / simpatizantes	48,7	38,4	34,1	32,4	32,3	36,6	28,1
Independientes	19,2	38,0	64,7	48,0	64,8	40,3	36,4
No interesados	32,1	23,6	–	20,6	–	20,7	23,8
NC	–	–	1,2	–	2,9	2,5	1,8
Total	100	100	100	100	100	100	100

(N= Muestra nacional, DF= Muestra del área metropolitana de Caracas).

Fuentes:

1973-1983: Torres (1985).

1986: Gallup (*El Nacional*, 9 de noviembre, 1986).

1990: Molina y Pérez (1996).

1996: Datanálisis (Colomine, 1996).

1998-1999: Red de Estudios Políticos (Redepol).

proceso de socialización política.

La participación no electoral en Venezuela

El papel protagónico desempeñado por dos organizaciones de la sociedad civil, Cofavic y Queremos Elegir, en la suspensión de las elecciones generales pautadas para el 28 de mayo de 2000, por orden del Tribunal Supremo

de Justicia (TSJ), promovió un amplio debate acerca de la naturaleza y los alcances de la actuación de ese tipo de organización en la vida de los venezolanos. Dentro de esa discusión se llegó a asomar, en los medios de comunicación, la posibilidad de que las organizaciones no gubernamentales (ONG) pudieran llenar el vacío dejado por los partidos, tanto en su papel de movilizadores políticos de los ciudadanos como en su rol de referentes institucionales creíbles de la democracia. El porcentaje decreciente de quienes se definen como militantes y simpatizantes partidistas es citado como evidencia indirecta del descrédito e inoperancia de esas organizaciones, mientras los sondeos sobre credibilidad institucional, que recurrentemente colocan a los partidos en el foso junto con otros organismos como los sindicatos, se presentan como evidencia directa de lo mismo.

Este planteamiento carece de viabilidad en una democracia como la venezolana y revela cierta candidez en quienes lo exponen. La primera razón de ello es que las organizaciones de la sociedad civil (ONG) no tienen como misión la búsqueda de votos para llegar al poder, sino el logro de objetivos sociales, educativos y culturales, religiosos, ambientales, de mejora de la salud y de las condiciones de vida, profesionales e incluso políticos, sin fines de lucro, y como una forma de promover el bienestar colectivo, según lo entienden sus miembros (Machado de Acedo, 1997). En segundo lugar, la búsqueda y consecución de sufragios por las ONG supondría la existencia de un régimen corporatista, con representación funcional de intereses en los organismos representativos de la voluntad popular, como el Parlamento, que no es el caso de Venezuela ni virtualmente de ninguna otra democracia en la actualidad. Por último, el planteamiento o propuesta asume que, a diferencia de la decreciente participación electoral, existe un vigoroso activismo ciudadano en las organizaciones de la sociedad civil. Los datos disponibles tampoco respaldan este supuesto. De este modo, un estudio de Consultores 21 para la Fundación Pensamiento y Acción (1996), realizado con muestras probabilísticas de Caracas, Maracaibo y Mérida, encontró que sólo 37% de los entrevistados decían pertenecer a distintas organizaciones, con tasas muy variadas de participación dentro de ellas. Las iglesias fueron las instituciones con mayor grado de afiliación (51% del 37% de los que se identificaron como participantes, cifra equivalente a 19% de la población general de esos estados), seguidas por los clubes o asociaciones deportivas (24% de los participantes y 9% del total de la muestra, respectivamente), los sindicatos y asociaciones profesionales (23 y 9%, respectivamente), las asociaciones de vecinos (20 y 7%) y las sociedades artísticas y culturales (17 y 6%). Un estudio más reciente identificó un total de 24.628 organizaciones sin fines de lucro en el país para 1998. En América Latina, según este trabajo, esas instituciones, en términos del empleo generado, representan 2,2 % del total, en contraste con 6,9% en los países desarrollados. Además, según cálculos del BCV, su aporte al Producto Interno Bruto

(PIB) apenas supera a 1%, lo que, según la autora, sugiere que es pequeño «con respecto a la economía venezolana» (González de Pacheco, 2000:51).

Las ONG y la participación política

El interés político de los venezolanos, medido en forma directa con una pregunta acerca del nivel de dicho interés (mucho, bastante, poco, nada), se mantuvo virtualmente inalterado entre principios de 1980 y mediados de 1996, según los resultados de tres sondeos con muestras nacionales conducidos en 1983, 1994 y 1996: 20% muy o bastante interesados, 80% poco o nada interesados (Koenke, 2000). Esta constancia no sirve, obviamente, para explicar la creciente abstención electoral. Una vez que el interés se conceptúa en términos del análisis que realizan los ciudadanos, aunque sea implícitamente, sobre los costos de oportunidad de salir a votar en comparación con los beneficios que se derivan de hacerlo, las cosas lucen diferentes. Aunque la evidencia disponible no es directa, ella sugiere que ha habido una creciente convicción de que el sufragio no se traduce en beneficios para el votante. Por un lado, desde finales de la década de los ochenta se ha arraigado la convicción de que los gobiernos democráticos han resultado no sólo ineptos, sino además corruptos. Según Andrew Templeton (1995), una vez desaparecida la oficina del Régimen de Cambio Diferencial (Recadi), que había sido usada como un instrumento para acallar a los medios de comunicación mediante la negativa a otorgarles divisas a los muy críticos del gobierno, la corrupción se convirtió en uno de los principales temas de la agenda mediática y, por ende, de la agenda pública. Este elemento probablemente reforzó el escepticismo de los electores, al darles a entender que votar por uno u otro se traducía en un cambio de un malhechor o de un gobernante corrupto por otro. A ello se suma la creciente convicción de que las elecciones no son transparentes: 73% las consideró fraudulentas en 1995, porcentaje que subió a 85% el año siguiente (según Latino-barómetro 1995, 1996). Un dato adicional que avala esta tesis es el de las personas que, en edad de votar, dejan de hacerlo por no estar inscritas en el Registro Electoral. Según un estudio del Consejo Nacional Electoral (CNE), 13% de la población adulta no estaba inscrita en dicho registro en julio de 1999. La principal razón para no haberlo hecho (59% del total) era la apatía, la decepción (datos del CNE, 1999).

Las raíces de la no participación en otras actividades se hunden en los mismos cimientos: la percepción de una falta de beneficios materiales o simbólicos que contrasta con lo placentero o gratificante que debe dejarse de lado para participar, esto es, el costo de oportunidad. ¿Qué es lo que, dados los recursos de los cuales dispone, puede gratificar más al ciudadano común y corriente en sus ratos de ocio? ¿Qué es lo que tendría que sacrificar de su tiempo libre para tomar parte en actividades políticas? De acuerdo con un estudio sobre el consumo cultural y las actividades populares de la población

caraqueña, realizado por un grupo de investigadores de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) con una muestra de los habitantes del área metropolitana de Caracas en 1997, las principales actividades dentro del hogar se vinculaban abrumadoramente con el consumo mediático (especialmente de TV, radio y prensa), en tanto que entre las actividades fuera del hogar prevalecían el ir de compras y el visitar a familiares. En la lista de este último tipo de actividades se incluyó la asistencia a actos o eventos políticos, recibiendo el menor número de menciones entre los encuestados (cuadros 3 y 4). En pocas palabras, para el caraqueño común, como para los ciudadanos de muchas otras democracias, la acción política carece de suficientes incentivos. Para los activistas y políticos profesionales, en contraste, así como para individuos de otras profesiones cuyo desempeño gira en torno a la dinámica política (por ejemplo, reporteros de esa fuente, politólogos, *lobbistas* o

Cuadro 3
Actividades de esparcimiento dentro de casa
 (%)

	Todos / casi todos los días	Fines de semana	Nunca	NC	Total
Ver TV	92	5	3	–	100
Escuchar radio	92	3	5	–	100
Leer prensa	71	18	11	–	100
Leer revistas	37	30	32	1	100
Escuchar música	83	9	7	1	100
Cine en video	12	48	39	1	100
Operar computador	25	4	71	1	101
Videojuegos	5	14	80	1	100
Jugar dominó	3	36	60	–	99
Leer libros	40	27	32	1	100

Fuente: Aguirre *et al.* (1998). Muestra del área metropolitana de Caracas (n=517).

cabilderos), los incentivos para informarse y vincularse con ese mundo son elevados: ése constituye, simplemente, su modo de vida.

A esto puede agregarse que la idiosincrasia del venezolano, con su fuerte dosis de presentismo y fatalismo, contribuye probablemente a promover la quietud, la abstención. En tal sentido, el *locus* de control externo, componente de la orientación fatalista, actúa para que la persona atribuya a factores fuera de su alcance o dominio, tanto lo que le sucede en el presente como lo que puede sucederle en el futuro. Lo que, en el ámbito político, ha sido relaciona-

do con expectativas mesiánicas o salvacionistas y con la emergencia de líderes demagógicos. De estos mesías se espera que produzcan cambios favorables, sin que el ciudadano expectante se sienta compelido a actuar por sí mismo para tratar de promoverlos y eventualmente alcanzarlos. En todo caso, para 1997-1998 se

Cuadro 4
Actividades populares fuera de la casa
 (%)

	Frecuencia semanal / mensual	Ocasional / nunca
Ir de compras	67	33
Visitar familiares	57	43
Visitar parques	29	71
Ir a la playa	26	74
Ir fuera de Caracas	24	75
Asistir a eventos sociales	16	84
Ir a la montaña	15	85
Asistir a espectáculos populares	8	90
Asistir a actividades políticas	3	97

Fuente: Aguirre *et al.* (1998). Muestra del área metropolitana de Caracas (n=517).

estimaba que el 88% de la población de la región central del país era de orientación externa, mientras que en el 12% restante predominaba el *locus* de control interno (De Viana, 1999).

En cuanto a la propuesta de que las ONG llenen, gracias a su empuje, el vacío dejado por los partidos, ya se ha dicho que la misma carece de justificación conceptual y, con los datos comparativos sobre la escasa participación en ellas, también puede decirse que carece de respaldo empírico o real. Lo que no significa, desde luego, que las organizaciones de la sociedad civil no deban ni puedan participar en política. De hecho, en el estudio citado sobre la extensión de dichas organizaciones en el país, se encontró que el mayor porcentaje de ellas (39%) se encontraba en el área de las leyes, la defensa ciudadana y la promoción política (González de Pacheco, 2000).

Esto no hace sino confirmar una tendencia global: las ONG buscan a menudo, como parte de su misión, influir sobre el proceso de formulación de políticas públicas, tanto en la fase de planteamiento del problema y de introducción del mismo en la agenda de los decisores, como en la etapa de elabo-

ración de la política, es decir, del análisis de las opciones existentes para resolver un problema o solucionar un conflicto. En el primer caso, las ONG realizan tareas de concientización o abogamiento (*advocacy*) y, en el segundo, de cabildeo (*lobbying*). En Estados Unidos, la Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color (NAACP) fue muy exitosa en ambas tareas, al ayudar a crear, a partir de la década de los cincuenta, conciencia sobre los derechos civiles de la minoría negra y al promover la aprobación de la legislación relevante. En Venezuela, instituciones como el Grupo Roraima y Queremos Elegir también lo fueron en la promoción de la personalización del sufragio, para reemplazar al antiguo sistema de voto anónimo y por colores partidistas.

Referencias bibliográficas

- Aguirre, Jesús M. et al.** (1998) *El consumo cultural del venezolano*, Caracas, Centro Gumilla.
- Canache, D.** (1990) «El impacto de la identificación partidista en la propensión a votar», *Primer Simposio Nacional de Ciencia Política*, Maracaibo.
- Carrasquero, J.V y F. Welsch** (2000) «Opinión pública y cultura política en Venezuela: la consolidación del chavacismo», en F. Welsch y F. Turner (eds.), *Opinión pública y elecciones en América*, CDB Publicaciones, Caracas.
- Colomine, Luisana** (1996) «Encuesta omnibus de Datanálisis», *El Nacional*, 22 de julio.
- CNE** (2000) «En la búsqueda de una mayor participación», *Revista del CNE*, n° 8.
- Converse, Philip** (1975) «Public opinion and voting behavior», en *Handbook of Political Science*, vol. 4, Reading, MA: Addison.
- Dahl, R.** (1975) «Governments and political oppositions», en *Handbook of Political Science* 3, Reading, Mass: Addison.
- Davis, Ch. y K. Coleman** (1983) «Who abstains? The situational meaning of nonvoting», *Social Science Quarterly*, vol. 64.
- De Viana, Mikel** (1999) «La ficción de modernidad», en *Pobreza. Un mal posible de superar*. Caracas, UCAB.
- Friedrich, Carl y Z. Brzezinski** (1965) *Totalitarian dictatorship and autocracy*, Boston, Mass: Harvard University Press.
- Fundación Pensamiento y Acción** (1996) «Cultura democrática en Venezuela», Caracas.
- González de Pacheco, R.** (2000) «Entre el Estado y el mercado: el sector sin fines de lucro», *Debates IESA*, vol. 5.
- Greenstein, F.** (1974) *Democracia y partidos políticos en Norteamérica*, Nueva Colección Labor, Barcelona.
- Koeneke, H.** (2000) «Referenda: The problem of coming to public judgement», *Congreso Anual de IPSA*, agosto, Quebec.
- League of Women Voters** (1992) *Choosing the President 1992*, NY: Lyons and Burford.
- Machado de Acedo, C.** (1997) «Las nuevas relaciones entre el Estado y la sociedad civil en la Venezuela en transición», *Cuadernos del Cendes*, n° 34.
- Molina, J.E.** (1995) «Participación y abstención electoral», en *El proceso electoral de 1993. Análisis de sus resultados*, Cendes, Caracas.

Molina, J.E y C. Pérez B. (1996) «Hacia un modelo explicativo de la participación electoral en Venezuela», en *Orden constitucional, reforma y crisis*, CSE, Colección del Cincuentenario n° 15, Caracas.

Nie, N.S. Verba (1975) «Political participation», en *Handbook of Political Science*, vol. 4.

Romero, Cira y H. Koeneke (1997) «Procesos electorales: participación y automatización», en *Transparencia electoral/ Rediseño de partidos políticos*, Fundación Konrad Adenauer, Caracas.

Templeton, A. (1995) «The evolution of popular opinion», en L. Goodman *et al.* (eds.) *Lessons of the Venezuelan experience*, The Woodrow Wilson Center Press, Washington, D.C.